

Introducción (Daiana) (Jessi)
Malala (2) Adua y Paola / (Bia y Daina)
La noche nos sigue (Fefi) (Bea)
Soni (Alejandro Quintana) (Malick)
El niño Yuntero (Nerea) (Laura Valido)
La violencia de género (Ainhoa y Alejandro Hernández) (Fefi- Laura Bordón)
Nadie está solo (Haniel)

Introducción

A menudo, la palabra paz nos resulta indiferente. Parece necesaria solo en esos lugares lejanos de las noticias de televisión, en esos países a los que nunca irías de vacaciones y dónde la gente muere a causa de la guerra, o donde se secuestra a las jóvenes o se maltrata a niños. Allí las víctimas se cuentan por cientos, a menudo por miles, pero sus muertes parecen distintas a las que nos resultan cercanas. La televisión puede vomitar horas de programación por un cantante o un actor que se suicida o que fallece ya anciano, pero despacha la violencia diaria de la Franja de Gaza o de muchas partes de África en unos segundos. Por eso, unas muertes nos saben a verdad mientras que otras tragedias nos parecen ficciones, como en esas películas de desastres naturales donde fallece casi todo el mundo y a los protagonistas les importa poco.

Sin embargo, las torturas, los maltratos, la esclavitud, la opresión y los asesinatos sistemáticos continúan siendo el pan de cada día en un mundo que no cabe en la pequeña pantalla, y todo ello ocurre al abrigo de la violencia. La violencia no tiene otro objetivo que despojarnos de nuestros derechos hasta arrebatararnos nuestra libertad. Hay violencia cuando alguien empuña un arma, pero también la hay cuando se esgrimen insultos o prejuicios, cuando nos silencian injustificadamente o cuando nos obligan a hacer lo que no queremos y tenemos derecho a no hacer.

Contra la violencia solo hay un arma eficaz, que es la palabra. La palabra para denunciar y para hacernos conscientes de que la violencia existe, para que nos rebelemos contra ella hasta vencerla. Quienes mejor esgrimen la palabra son los poetas, y desde que existe la palabra muchos la han dedicado a pedir la paz. Hoy nosotros pedimos la paz y la palabra, para que la violencia no siga campando a sus anchas. Un poeta, Blas de Otero, solicitaba lo mismo pero con estas palabras:

«Escribo
en defensa del reino
del hombre y su justicia. Pido
la paz y la palabra».

M.Y: Mi nombre es Malala Youfsafí e ir a la escuela me hace feliz.

[alguien se ríe en el público]

M.Y: ¿Por qué te ríes?

E: Yo me llamo Eva e ir al colegio no me hace precisamente feliz, pero debe de ser cuestión de gustos.

[Eva se sitúa en un atrio que hay junto a Malala].

M: En mi país hay niñas que andan horas a pie para poder asistir a clase.

E (Jocosa): En Arinaga hay quien vive a un minuto del instituto y llega tres horas tarde. Al final hasta terminan yendo los servicios sociales a tu casa para que no faltes a clase. Se nota que ellos no son los que tienen que ir a aburrirse.

M: No lo entiendo. ¿Van a sus casas para obligarlas a ir a clase?

E: Terrible, ¿verdad?

M: No, me parece un sueño. En mi pueblo, en Pakistán, un grupo de terroristas talibanes intenta impedir que las niñas vayan a la escuela.

E: ¿Las niñas?

M: Sí, las niñas. Los talibanes piensan que las mujeres no deberían estudiar.

E: Estás de broma, ¿no? ¿Cómo van a impedir que vayan a la escuela? ¿Las van a dejar amarradas en casa o qué?

M: A mí me dispararon.

E: ¿Qué dices? ¿Cómo que te dispararon?

M: Yo escribía un blog en el que contaba cómo era la vida en mi pueblo y las cosas que nos impedían hacer los talibanes. Un día, subieron varios de ellos armados al autobús de la escuela y me dispararon a la cabeza.

E: Pero estás viva.

M: Tuve suerte. Otras amigas mías murieron. A mí me salvaron de milagro. Ahora vivo en Londres, donde puedo estudiar. No puedo volver a mi país porque continúo amenazada de muerte. Solo por querer estudiar y por hablar. Por eso pido la paz y la palabra. Por eso me concedieron el premio Nobel de la Paz en 2014. Soy la persona más joven que lo ha recibido.

"¿Para cuándo?" de Muhammad Aziz al-Hababi.

La noche
nos sigue.
Noche sin fin,
tinieblas del hambre,
tinieblas sin luna
que alucina nuestros pálidos rostros.
Gritos de blasfemia
horadan la blindada faz del cielo sin eco.
Gritos salvajes.
Gritos de rabia
que la miseria arranca
de nuestras gargantas en llamas.
¿Para cuándo
las espigas de nuestra tierra
y la dulzura de nuestro cielo?
¿Para cuándo
el sol en el corazón?
¿Veremos un día,
el día,
como todo el mundo?
Todo el mundo busca la paz.
Nosotros preferimos estar en querrela
con la muerte
que nos siega
sin consideraciones
ni piedad
por teorías
infinitas,
todos los días
sin tregua.

S: Me llamo Soni. Nací en Sierra Leona y fui un niño soldado. Me secuestraron con ocho años en casa de mi familia. Antes de llevarme al campamento de las guerrillas, me obligaron a matar a mi padre. Esa es la forma en la que se aseguran de que los niños soldados no pensemos en volver a casa.

Hay trescientos mil niños y niñas soldados en Sierra Leona. A las niñas las explotan sexualmente, a los niños les obligan a luchar. Se los castiga física y psicológicamente a diario. Se les obliga a matar a sus propios compañeros si incumplen las normas o se intentan escapar. También se los usa como conductores y escudos humanos, y cuando ya pueden sostener un arma, se los lanza a la guerra, a menudo drogados para evitar que sientan miedo.

Yo pude escapar y fui rehabilitado en un campamento de una ONG. Conseguí una beca para estudiar Económicas en Nairobi y ahora estoy casado y tengo dos hijos. Pero aún quedan cientos de miles de niños soldados en el mundo. Por eso pido la paz y la palabra.

EL NIÑO YUNTERO de Miguel Hernández

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace, como la herramienta,
a los golpes destinado,
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

[...]

Empieza a sentir, y siente
la vida como una guerra
y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

[...]

A fuerza de golpes, fuerte,
y a fuerza de sol, bruñido,
con una ambición de muerte
despedaza un pan reñido.

Cada nuevo día es
más raíz, menos criatura,
que escucha bajo sus pies
la voz de la sepultura.

[...]

Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastrojos,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos

que por qué es carne de yugo.

[...]

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?

¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.

A: Me preocupa mi madre.

B: Me preocupa mi madre.

A: A mi madre la sobresalta el menor ruido, como un plato que se cae...

B: O el golpe de algo que se cae en la calle...

A: Le cuesta dormir y ni siquiera cuando sonrío, sonrío. Es como si el miedo lo llenara todo, cada átomo de oxígeno...

B: Hasta tal punto que ya solo respiramos miedo, uno incesante, perpetuo, que hace que toda la vida sea solo eso: miedo. Incluso la calma está llena de terror...

A: ...Porque la calma no es calma, sino solo violencia muda: gritos a punto de estallar, como cuando se coge aire antes de bramar un alarido.

B: A veces los ruidos no provienen de nada que se cae, sino que son disparos de soldados o misiles disparados desde aviones.

A: A veces los ruidos no son platos que se caen, sino platos que se lanzan. A veces los ruidos son gritos que hacen que te tiemble cada fibra de tu ser.

B: Entonces, desearíamos escapar a casa, a un lugar seguro.

A: El problema es que no hay un lugar seguro, porque ya estamos en nuestra casa.

B: Mi casa está en la franja de Gaza. Allí murieron el año pasado 2143 palestinos y 11500 fueron heridos. Decenas de miles de ellos continúan malviviendo con miedo en sus propias casas.

A: Mi casa está en Playa de Arinaga. En España existen cientos de mujeres que, como mi madre, son víctimas de violencia de género. Cientos de sus hijos también la sufren. El año pasado mataron a cincuenta y tres de esas mujeres, y no hicieron faltas bombas ni soldados para acabar con su vida, solo las manos de sus parejas, de las personas que se supone que más las querían.

A y B: Por eso pedimos la paz y la palabra.

Nadie está solo

Poema publicado el 10 de Noviembre de 2008

En este mismo instante
hay un hombre que sufre,
un hombre torturado
tan sólo por amar
la libertad. Ignoro
dónde vive, qué lengua
habla, de qué color
tiene la piel, cómo
se llama, pero
en este mismo instante,
cuando tus ojos leen
mi pequeño poema,
ese hombre existe, grita,
se puede oír su llanto
de animal acosado,
mientras muerde sus labios
para no denunciar
a los amigos. ¿Oyes?
Un hombre solo
grita maniatado, existe
en algún sitio. ¿He dicho solo?
¿No sientes, como yo,
el dolor de su cuerpo
repetido en el tuyo?
¿No te mana la sangre
bajo los golpes ciegos?
Nadie está solo. Ahora,
en este mismo instante,
también a ti y a mí
nos tienen maniatados.

